

8

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA

FERRAN
RAMON-
CORTÉS

ó



VISIONES PARCIALES

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2020 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS

Soy Laia, la pareja de Pau, y reconozco que me impactó especialmente conocer al farero. Así que a la mañana siguiente dejé a Pau tranquilamente en el pueblo y me dispuse a visitarlo de nuevo. Pau me dejó la moto y la llave. Esperaba ser bien recibida, como de hecho así fue.

Nos saludamos, y le pedí si podíamos dar un paseo, aprovechando la suave mañana. Lo hicimos, caminamos por los acantilados de Cavallería en completo silencio. No me preguntó nada aunque sé que sabía que yo tenía algo que hablar con él. Ya de vuelta al faro, me ofreció un café, y sin más le conté mi historia:

- Ya sabes por Pau que me propongo empezar un negocio. Es mi ilusión, y tengo puestas todas mis esperanzas. Y lo que me está ocurriendo es que no me entiendo con una de mis principales colaboradoras, cosa que no me puedo permitir.

El escuchaba con atención. Su silencio me inspiraba a continuar:

- Es muy buena técnicamente, pero me doy cuenta de que cuando hablamos no me escucha para nada. Se encierra en sus opiniones y no acepta nada de lo que le digo. Nuestras conversaciones son un desastre. Y encima me ha llegado por otra persona que ella dice exactamente lo mismo de mi...

Ni una palabra. Ni una pregunta. Se limitaba a escuchar y a observarme. Yo seguía mi relato:

- Desde el mismo instante en que empezamos cualquier discusión de trabajo se cierra en banda, deja de escucharme y se limita a insistir e insistir en sus puntos de vista.

Estuve un buen rato contándole la situación. Era para mi una situación extraña, porque no tenía ningún retorno por su parte. Pero reconozco que su silencio me empujaba a contarle más. En un determinado momento, se levanto y me dijo:

- Laia, ¿me acompañas?



Subimos el primer tramo de la escalera de la torre. Me pidió que entrara en la habitación de debajo de la cúpula, una habitación circular, con pequeñas ventanas a norte y sur, que albergaba la base del complejo mecanismo óptico del faro. Para mi sorpresa él no entró conmigo. Se quedó fuera y cerró la puerta. Desde el exterior de la habitación, y abriendo una pequeña ventana de la misma puerta me preguntó:

- Laia, ¿de qué color es la puerta?
- Verde -le dije- De ese color verde que tienen todas las puertas de la Isla.
- Te equivocas. Es de madera desnuda- me dijo.
- ¿Me tomas el pelo, no? Es verde, absolutamente verde, puerta y marco.
- Te insisto en que es de madera desnuda.
- Pareces mi colaboradora...



En este momento abrió la puerta. Me pidió que saliera. Y que la mirara. Era -por su lado- de madera desnuda. Sin decir nada más inició con parsimonia el descenso por la escalera.

Nos sentamos en la mesa, para apurar el café. Él seguía en silencio. Yo lo rompí para decirle:

- Cada una vemos nuestro lado de la puerta, ¿verdad?
- Es muy probable. Y las dos tenéis razón. El problema es que dais por sentado que lo que veis es lo que es, sin pararos a pensar en qué está viendo la otra y porqué.... Cuando te he dicho que era de madera desnuda lo que has hecho es atrincherarte. Defender tu posición. No te has planteado porqué yo podía estar diciendo que era de madera desnuda. Y ni siquiera has intentado recordar cómo la habías visto al entrar.
- ¿Y qué podría haber hecho, si para mí era obvio que era verde?
- Este es el problema. Que para ti ya era obvio, y a partir de ese momento ya no has contemplado ninguna opción. Hubieras

podido preguntarme. Interesarte por mi punto de vista. Querer saber por qué yo decía que era de madera.

- He asumido que era una provocación...
- Y te has equivocado. Las cosas no siempre son como las vemos, porque casi siempre miramos solo “nuestro lado”. Vemos nuestra parte de la realidad y renunciamos a verla en su conjunto. Y a partir de ahí la polémica está servida.

Me di cuenta de lo que nos estaba pasando, y tenía todo el sentido del mundo. Pero este era mi descubrimiento, y quizás no sería suficiente. ¿Qué pasaba con mi colaboradora? Se lo pregunté.

- ¿Cómo consigo que ella vea mi cara de la puerta?
- Viendo tú la suya. Interesándote por su realidad. Cuando tu lo hagas es probable que ella se interese por la tuya...



Tenía deberes. Y no solo con mi colaboradora. Me daba cuenta de que aquella lección aplicaba también a mi vida en general, incluso a mi relación con Pau. No solo necesitaba escuchar sin prejuicios que la puerta era de madera desnuda, sino cuestionarme yo misma mi opinión de que era verde. Y observar, observar mucho más. Una de las cosas que más me impactó fue darme cuenta de que había abierto una puerta sin ni siquiera fijarme en ella. En esa falta de atención también estaba parte del problema.

Llevábamos un buen rato en silencio. Yo interiorizaba todo aquel aprendizaje. El recogió las tazas. Aproveché para levantarme y prepararme para marchar. Seguro que tenía sus cosas que hacer. Mi visita seguro que no estaba en su agenda. Me despedí.

- ¿Te acompaño? -me dijo.
- No gracias, conozco el camino y tengo la llave que me ha prestado Pau.
- Cierra bien la puerta.

Salí. Cerré el candado de la barrera, e iba a poner en marcha la moto, pero no me resistí a enviarle un WhatsApp: “Es de una preciosa y gastada madera de olivo, por las dos caras, sin pintar ni barnizar”. Sin esperar respuesta tomé el camino de vuelta.





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2020 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ